

Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

**Oración para iniciar la reunión**

Señora santa María,  
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
como hija, esposa y madre,  
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
Muéstranos tu protección de Madre  
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

## VIII. HERIDA QUE SANA NUESTRAS HERIDAS: REPARAR AL PADRE DESDE EL CORAZÓN DE JESÚS

1)	INTRODUCCIÓN .....	1
2)	TRES HERIDAS .....	1
3)	LAS HERIDAS DE DIOS Y EL CORAZÓN DE CRISTO .....	2
4)	REPARACIÓN: CURAR HERIDAS DESDE EL CORAZÓN DE CRISTO.....	5
5)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO CONYUGAL.....	6
6)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO EN EQUIPO.....	6
7)	PRÁCTICA.....	6

### **1) Introducción**

El corazón de Jesús sigue siendo un corazón herido. Recién resucitado, Jesús enseñó sus heridas a los discípulos. ¿Por qué quiso conservarlas? Vivimos un tiempo de grandes heridas: heridas en las relaciones, en la soledad, en el pasado que oprime, en el cuerpo y en la sexualidad... ¿Qué significa que “sus heridas nos han curado” (Is 53,5)? La pregunta nos ayudará a entender la reparación, un elemento clave de nuestra vida en el corazón de Jesús.

Nos ayudará recorrer las heridas que aparecen en la Biblia.

### **2) Tres heridas**

Podríamos pensar que la primera herida de la historia fue la de Caín a Abel. Pero hay otra herida anterior. Es la herida del costado de Adán, cuando Cristo la

abrió para formar a Eva. En algunas pinturas medievales se ve a Cristo con el bisturí en la mano para rasgar la piel de Adán. ¿Se cerró alguna vez esta herida? No, pues Adán quedó siempre tendido hacia Eva, llamado a “desvivirse” por ella: “esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos” (Gén 2,23). Y esta herida se completa con la maternidad de Eva, cuando dio a luz al primer hijo, derramando sangre. Ahora se trata de una herida hacia sus hijos, que abren más allá la vida de los padres.

La *primera herida* es, por tanto, la herida de la sexualidad humana, que se prolonga en paternidad y maternidad. Con esta primera herida, que es la *herida del amor*, se pierde el control autónomo sobre la propia existencia. Claro, es una herida alegre, pues, aunque pueda doler, va acompañada del amor a los nuestros (esposo, hijos) y, así, agranda la vida. Gracias a esta buena herida nuestra persona se expande y nuestro corazón se dilata.

El problema es que pronto apareció una *segunda herida*, que ya no fue herida de bien, sino de desgracia, por picadura de serpiente. Es la *herida del pecado* de Adán y Eva. ¿En qué consiste? Podemos definirla como un deseo de tapar la primera herida, la buena herida del amor que nos despliega hacia el hermano y hacia Dios. Pero, entonces, al querer tapar la primera herida, esta se infecta y supura.

Esta segunda herida nos aísla y así transforma las relaciones entre los hombres. Ahora el marido pretende dominar a la mujer. Ahora las madres quieren apropiarse del hijo. Y los padres buscan en los hijos una mera prolongación de sus ambiciones o, otras veces, se desentienden sin reconocerlos suyos. Y los hermanos se envidian mutuamente, porque no perciben la abundancia del origen que les ha dado vida, pretendiendo apropiarse de este origen para ellos solos.

De aquí nace una *tercera herida*: la del sufrimiento. Pues si la primera herida (herida del amor) nos abre al otro y nos invita a ofrecernos a él como un don, la segunda herida (herida del pecado) rechaza este don, y así provoca dolor y pena. Y aparecen hijos sin origen. Y aparecen hermanos enfrentados. Y aparece una sexualidad banal que esclaviza. Y se deja de confiar.

¿Qué camino de esperanza se abre para sanarnos de la herida del pecado (segunda herida) y de la herida del sufrimiento (tercera herida)? Solo así podrá reaparecer la herida del amor, que es herida salvadora, pues nos mueve hacia el amado, hacia la comunión que nos plenifica.

Para responder es importante notar que el Antiguo Testamento no solo está lleno de estas heridas de los hombres. Sino que contiene una sorpresa: *Dios mismo declara tener Él una herida*

### **3) Las heridas de Dios y el corazón de Cristo**

Ya en el Éxodo se adivina esta herida en el corazón de Dios, cuando dice a Israel: “conozco tus sufrimientos” (Éx 3,7). Los Padres de la Iglesia decían que Dios no puede padecer, pero puede compadecer. Otros testigos del dolor de Dios en el Antiguo Testamento son los profetas. La cosa empieza con Oseas, que sufre la infidelidad de su esposa. En el cuerpo de Oseas se revela lo que Dios sufre por

Israel. Después Oseas describe a Dios como padre que cuida de su hijo, y que no puede abandonarle, pues su corazón se le revuelve en las entrañas (Os 8,8).

Se prepara así la Encarnación, en la que Dios mostrará finalmente su herida. Pues, en efecto, Dios tiene en sí la primera herida de la que hablamos (la herida que abre nuestra vida a otros), porque es Dios-amor. Por tener esa primera herida, ha podido asumir una carne frágil, la carne que se abre al amor, a la filiación, a la fraternidad. Vamos a ver cómo, una vez asumida esa carne, puede también sufrir, es decir, probar la tercera herida, la herida del dolor.

Fijémonos en los afectos dolorosos del corazón de Jesús. El afecto pertenece, por un lado, al ámbito de la primera herida, que es la herida del amor. Por los afectos somos tocados por la otra persona, nos unimos a ella internamente y nos lanzamos a conseguir la unión con ella. Pero, a la vez, los afectos participan de la tercera herida del sufrimiento, cuando hemos de enfrentarnos al mal: son los afectos de miedo, tristeza, ira... Jesucristo asumió todos estos afectos de pena y les dio otra forma, para que superasen el acecho del mal. ¿Cómo sucedió esto?

Para que los afectos estén bien orientados es necesario, por un lado, que se orienten hacia una presencia personal, es decir, hacia una amistad. De este modo el movimiento afectivo no queda cerrado sobre nosotros mismos, sino que nos pone en camino para agrandar nuestra vida en una comunión. Por eso en cada afecto hemos de preguntarnos: ¿qué relación personal está aquí en juego? Y después: ¿cómo este afecto, por ejemplo, una alegría o una tristeza, hace madurar esa relación personal?

Jesús ilumina los afectos, porque todos ellos están dirigidos a una presencia personal. Es la presencia de su Padre, y también la nuestra, pues el Padre le mueve a acogernos y a entregarse por nosotros. Cristo se alegra por los dones de su Padre, se entristece cuando el Padre parece ausente, se aíra cuando el Padre no es honrado. Y así, estos afectos no le encierran sobre sí mismo, sino que le ponen en acción para dar fruto. Sus afectos son una fuerza que permiten a Jesús obedecer al Padre, siguiendo su mandato de amar a los hombres y de morir por ellos.

Fijémonos, por ejemplo, en la ira, cuando Jesús expulsa a los mercaderes del Templo. Pintores como el Greco o Rembrandt han representado con viveza el rostro enojado de Cristo. Esta ira mueve a Jesús a purificar el Templo, que Él ha identificado con su cuerpo. Es decir, Jesús muestra su ira contra todo lo que mancha el cuerpo del hombre, un cuerpo santo porque ha sido formado por las manos santas de Dios. Y Jesús, además, acabará dirigiendo esta ira contra sí mismo: la misma energía con la que expulsa a los mercaderes es la energía con la que ofrece su vida en la Pasión, para purificar el templo de nuestro cuerpo.

O miremos, por tomar otro ejemplo, a una figura tradicional en Polonia y Lituania: el llamado “Cristo pensativo” (QR). La figura representa a Cristo antes de su pasión, sentado y con la mano en la barbilla. Se ve su rostro de asombro y extrañeza. Parece decir lo del Evangelio de Juan: ¿por qué obra buena me estáis castigando? (cf. Jn 10,32). Este asombro ante la maldad del hombre, Jesús lo ilumina desde el asombro ante la bondad de su Padre, que hace salir el sol sobre buenos y malos y que suscita la fe



en muchos corazones, como el del centurión. Así, el afecto se encauza y se convierte en fuerza para que este “Jesús pensativo” asombre al mundo con su entrega de amor.

Tomemos un tercer ejemplo: la tristeza de Jesús, tristeza de muerte en Gethsemaní. Cristo ha llegado a la situación extrema donde todo hombre está tentado de abandonar a Dios. Pero Él ha vivido esa situación con confianza en el Padre, y así ha transformado la tristeza en dolor salvífico. En el salmo 21 se dice: “mi corazón, como cera, se derrite en mis entrañas...” San Justino Mártir refería este versículo a los afectos de Jesús, que se derriten en el dolor para que el Padre pueda replasmar el corazón humano, orientándolo a Él.

Desde Jesús, también a los que creemos en Él nos es dado vivir estas situaciones confiadamente. Pues los afectos de Jesús, al compartir nuestro dolor (tercera herida) nos liberan del pecado que separa de Dios, reinsertándonos en el dinamismo del amor (primera herida).

Para entender cómo Jesús asocia nuestros afectos a los suyos, nos ayudan *dos respuestas humanas claves ante el dolor*.

La primera es la *compasión*, cuando alguien nos tiende la mano en medio del sufrimiento. Ese sufrimiento nos ha postrado, rompiendo nuestra ilusión de autonomía y recordándonos que somos menesterosos. Si en ese momento alguien (¡Cristo!) nos tiende la mano, nos acoge, descubriendo en nosotros la dignidad que creíamos perdida, entonces se reabre nuestra vida hacia la comunión. Esta compasión resulta un modo de sanar la herida del pecado que aísla, es decir, la segunda herida, la herida mortal. Por eso decía san Juan Pablo II que, en el proyecto del plan de Dios, el sufrimiento está presente en el mundo para despertar el amor (cf. exhortación *Salvifici Doloris*, n.30).

La otra experiencia es el *perdón*. La culpa nos abrumba, porque entendemos que toca nuestra identidad profunda: no solo hemos robado, sino que *somos* ladrones. ¿Qué esperanza queda? La esperanza llega cuando alguien nos perdona. Pues perdonar es decir: vales más que tus obras malvadas. Quien nos perdona nos recuerda que hemos sido niños, amados por lo que somos, y que seguimos siendo hijos. A partir de nuestra dignidad filial se puede esperar de nuevo en nosotros, en que podemos ser fuente de obras buenas. Y esa esperanza permite enderezar nuestra historia, de modo que el amor cubra los pecados. Esto es precisamente lo que hizo Cristo: reafirmó nuestra dignidad de hijos, al recibirnos como un don de su Padre. Y así nos restableció para poder edificar con nosotros un futuro nuevo. De esta forma, cuando miramos a nuestra culpa, ya no la vemos con desaliento, sino con gratitud, porque vemos la generosidad de Cristo. Se inaugura entonces nuestra capacidad de participar en su obra, incorporándonos a este cuerpo, sanando nuestras heridas y las de los hermanos.

#### **4) Reparación: curar heridas desde el corazón de Cristo**

Nos queda todavía un paso para entender la reparación. Cristo no solo sufre por nosotros, sino que nos permite participar en su proceso sanador. Él no nos ahorra el sufrimiento, sino que lo hace fecundo. Él no nos quita toda herida, sino que permite que, a través de nuestras heridas, nos sanemos y que ayudemos a sanar a otros.

Veamos cómo sucede esto. Sabemos que Cristo, resucitado, no tiene ya dolores propios, pero que, a la vez, en un modo misterioso, es capaz de sufrir con nosotros. Por eso dijo a san Pablo: “¿Por qué me persigues?”, pues Él era perseguido en los cristianos. Y si Cristo sufre en nosotros y con nosotros, entonces nuestro dolor puede hacerse, como el de Cristo, un dolor que sana dolores.

Un cuadro del artista Sieger Köder (QR) representa lo que está viendo Jesús cuando le clavan a la cruz. Se ve en escorzo y en primer plano el brazo del soldado que va a golpear con su martillo. En el centro Jesús mira el sol, ya oscurecido por el eclipse. Y alrededor del círculo de su ojo se ve una serie de rostros que le contemplan con expresiones diversas. Uno le estudia curioso, otro se irrita, otro se tapa los ojos... El cuadro nos interroga. ¿Cuál es nuestra actitud? ¿cuál debe ser la actitud del cristiano?



La respuesta es: ninguna de ellas. Pues no somos llamados a mirar desde fuera a Cristo, sino a cambiar de punto de vista y a adoptar el punto de vista de Jesús crucificado.

Si hacemos esto aprendemos, igual que Jesús, a aceptar nuestra primera herida, la herida del amor que nos abre al mundo. Esto implica aceptar nuestro cuerpo, que nos abre a Dios y a los hermanos. Lo aceptamos como es: frágil, vulnerable, dependiente, como todo cuerpo de hijo que procede de un gran amor y que está llamado a entregarse en el amor. Las heridas de Cristo nos recuerdan que nuestro cuerpo está abierto a Dios y a los hombres. No cierres tu carne. Que se derrita, como cera, tu corazón de piedra.

En esta aceptación de nuestro cuerpo entra también la aceptación de que somos pecadores. No se huye de la herida olvidando la herida, sino mirándola de frente. Cristo venció a la muerte, no ahorrándose la muerte, sino atravesando la muerte. Así, nos atrevemos a mirar a nuestra miseria a la cara, a enfrentarnos con ella, a llegar a su fondo. Pero, al ver nuestro pecado, no nos desanimamos, porque vemos junto a él la muerte de Cristo por amor, cuando éramos todavía pecadores. Entonces la tristeza por el pecado, a la luz del amor de Cristo, se hace tristeza fecunda, que vence al pecado.

Se abre ahora el camino del Buen Samaritano, con Jesús: curar las heridas de los hombres. Hemos hablado de la compasión y del perdón que Cristo tuvo hacia nosotros. Escuchemos a Jesús decir, como hizo tras contar la parábola: “vete, y haz tú lo mismo” (Lc 10,37). Compasión y perdón cobran un lugar especial en la familia, porque en ella somos más capaces de reconocer la dignidad del hermano, del esposo, del hijo. Con tu marido o tu mujer te une una alianza que brota del amor de Cristo en Cruz. Con tus hijos te une el don de Dios que te los confió. Con tus hermanos te une el mismo origen en los mismos padres, que recuerdan al

Padre Creador. Y, basado en esta dignidad tan honda, es posible compadecer y es posible perdonarlo todo.

El P. Ioan Gotia ha representado bien esta colaboración con Cristo en una pintura de la residencia discipular del *Stella Maris College* (QR). Nos muestra a Cristo y al discípulo que llevan el mismo yugo, el cual ara la tierra y produce fruto. Es Cristo quien sostiene la cruz. El discípulo, a la vez que es sostenido y como aupado por la cruz, ayuda a Jesús sosteniendo el madero. Así se ve que Cristo nos sana y que acoge también nuestra colaboración hacia la salud. La clave es que este sufrimiento es fecundo. Una herida fecunda se puede vivir con gozo, porque es una herida que abre futuro vital. La herida de Cristo da frutos de paz, de visión, de perdón. Así lo resumía Benedicto XVI: Cristo no ha eliminado el dolor, pero ha hecho fecundo el dolor, para que nos lleve a Dios.



### **5) Preguntas para el diálogo conyugal**

Comentad cómo experimentáis en vuestro matrimonio cada una de las tres heridas. Contaros el uno al otro algunas de ellas y cómo las vivís, ¿hay verdadera compasión y perdón entre vosotros? ¿cómo se compadece y os perdona Cristo?

Cristo hace fecundo el sufrimiento, haced una oración juntos poniendo a sus pies lo que habéis comentado, uniendo vuestras heridas a las suyas

### **6) Preguntas para el diálogo en equipo**

- 1- ¿Cómo curar las heridas del pecado y del sufrimiento en nuestras vidas?
- 2- ¿Cómo vivir la compasión y el perdón para que Jesús nos asocie a sus afectos?
- 3- ¿Cómo compartir el yugo de Jesucristo y hacerlo fecundo?

### **7) Práctica**

Recitar diariamente o semanalmente en familia la primera serie de Letanías al Cor Iesu insistiendo en la petición “¡modela nuestros afectos!”